



# CULTURALES

Narrativa Latinoamericana en Marcha

## El Mundo Alucinante de Reinaldo Arenas

Por Angel Rama

Cuando en 1969 el editor (e intelectual) mexicano Emmanuel Carballo publicó la novela *El mundo alucinante* del joven escritor cubano Reinaldo Arenas, la crítica se vio obligada a mencionar a los Cien años de soledad (1967) como su ostensible modelo. Y cuando en 1970 se publicó *Los cortejos del diablo* del colombiano Germán Espinosa (1938) púdose acuñar la fórmula "ciclo García Márquez" para una narrativa libre y fantasiosa que parecía interpretar jocundamente el universo caribico. Y sin embargo no es así. Si puede acreditarse a Espinosa la influencia de García Márquez, por cuanto su novela está explícitamente escrita después de la publicación de los Cien años, no puede decirse lo mismo, en cambio, de la obra del cubano. En el concurso de la UNEAC de 1966 su novela recibía una mención y en 1967 las Ediciones Unión daban a conocer una novela anterior, *Celestino antes del alba*, que corresponde al mismo espíritu y a la misma escritura. Estas dos obras, que definieron la sorprendente originalidad de un escritor que tenía entonces sólo 23 años, son estrictamente contemporáneas de la composición de los Cien años de soledad. Cotejadas con detalle se reconoce, además, que proceden de fuentes distintas, aunque manejen procedimientos similares.

Reinaldo Arenas no procede de García Márquez sino del escritor que en su país ha sido padre de la más extensa y más creativa prole literaria: José Lezama Lima. Viene de su poesía, más que de su prosa, porque ha sido sobre la prosa narrativa que esa poesía ha tenido mayor influencia entre los jóvenes, como lo prueba el bello libro de Pablo Armando Fernández, *Los niños se despiden*. Es esa irrefragable libertad creativa que enciende la poesía de Lezama, aún la más abstrusa, su manera dominante de manejar la realidad al servicio de la desbordada imaginación sin por ello perder uno solo de sus sabores concretos, vívidos y hasta nacionales, la que enseñó al escritor veinteañero que la literatura era también una forma de vivir. A Eliseo Diego le fascinó esa apertura esponjosa de Celestino antes del alba: "Mi madre acaba de salir corriendo de la casa. Y como una loca iba gritando que se tiraría al pozo. Veo a mi madre en el fondo del pozo. La veo flotar sobre las aguas verdosas y llenas de hojarascas. Corriendo llevo y me asomo. Pero, como siempre: solamente estoy yo allá abajo. Yo desde abajo, reflejándome

arriba". La frescura inventiva, la gracia, la ternura que circula por una familia loca, Celestino siempre escribiendo, los abuelos, los primos, las brujas, los duendes, la infancia iridiscente y esa ruptura de los cánones realistas que permite volar sobre el techo o desaparecer sin que pestañee la verosimilitud, hicieron del libro una promesa cierta.

La corroboró *El mundo alucinante*, cuando Reinaldo Arenas encontró un tema histórico que parecía esperar a su escritura imaginativa: la vida del mexicano Fray Servando Teresa de Mier que a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX fluminó un período turbulento de América, de un modo aún más fascinante que su compañero de aventuras en París, el venezolano Simón Rodríguez. Alfonso Reyes definió bien esa fascinación diciendo que "Fray Servando perdura en el recuerdo de sus compatriotas por esa ráfaga de fantasía que anima toda su existencia. Vivió más de sesenta años y la mitad de su vida la pasó perseguido. Algo como una alegría profética le acompaña en sus infortunios y aprovecha todas las ocasiones que encuentra para combatir por sus ideas. Es ligero y frágil como un pájaro y posee esa fuerza de 'levitación' que creen encontrar en los santos los historiadores de los milagros. Usa de la evasión, de la desaparición, con una maestría de fantasma: cien veces es aprisionado y otras tantas logra escapar. Son sus aventuras tan extraordinarias que a veces parecen imaginadas". No hay investigador que no diga lo mismo. Los eruditos Miguel Vergés y Díaz Thomé, que descubrieron sus *Escritos Inéditos* (porque este fraile, como un grafomano frenético, escribía sin cesar en el fondo de las prisiones de la Inquisición, de los Dominicos, del Estado español y del estado independiente mexicano, centenares de documentos justificativos, apóstrofes y apologías de sí mismo) concluyen reconociendo "en un mismo texto, lo natural y lo fantástico mezclados arbitrariamente" y el mismo Mier comprueba: "Yo poseo el talento de pintar monstruos".

Hoy diríamos que su vida fue una novela, aunque de las más infortunadas. La conocemos contada por él, agenciándose papel y tinta en las mazmorras de ambos mundos y no es su menor sorpresa que la enumeración de horrores y el puntual registro de las más absurdas persecuciones, no empañen el brío alucinado, ciertamente alucinado, que recorre sus

confesiones. Así por ejemplo en el "Manifiesto apolo-gético" que escribe, cuando le han roto las piernas y el brazo derecho, con ese mismo brazo entablillado. Su delirante afán de dar probanza de inocencia en incasantes memoriales, preanuncia al señor K de *El proceso*. Máxime cuando la culpa que le valió treinta años de cárceles es, vista hoy, una insignificancia: el sermón que hizo en 1794 delante del Arzobispo y el Virrey sugiriendo que la imagen venerada de la Virgen de Guadalupe quizás procediera de la capa de Santo Tomás, que, habría venido a América antes de los españoles para predicar la buena nueva cristiana. Esta singular forma de "patriotismo" americano no pudo soportarla el jefe de una iglesia para quien la verdad sólo podía ser la importada desde el extranjero con las armas y los clérigos de España.

Esta vida es la que cuenta Reinaldo Arenas, reviviendo el alegato patriótico y americanista. ¿Una novela histórica por lo tanto? Las grandes figuras americanas han sido asaltadas por decenas de mediocres narradores quelines, atrapados por esos personajes "ya hechos", han pensado que bastaba trasladarlos al papel para disponer de novelas igualmente fascinantes. Lo que nos han dado en cambio han sido malas novelas o tediosas biografías noveladas que generan en el lector el deseo de leer simplemente los textos históricos originarios. Las tan discutidas relaciones de la historia y la novela, han concluido en sensatos triunfos de los historiadores, sobre estos gárrulos noveladores. Excepciones como Yo el Supremo no prueban que Gaspar Francia fuera un personaje apasionante sino que Roa Bastos es un gran novelista. Lo mismo puede decirse de *El mundo alucinante* que por la principal que concede la fantasía, acometiendo las acciones más locas e irracionales que sea posible aprender en un tratado surrealista del fantástico, se define a sí misma como una novela libérrima y, sólo para los conocedores, como la verdadera historia de Fray Servando Teresa de Mier.

Arenas parte de la consustanciación entre él y Fray Servando, lo que no implica apelar a extrapolaciones contemporáneas, aún bajo el régimen de las analogías, sino a dar nueva vida a las vicencias del perseguido y del inocente que se nos cuentan en los escritos del fraile. Revive su existencia, la enciende con sus temores y sus deseos que, curiosamente, co-

rren por el mismo cauce que las de este fraile del XVIII, y sobre todo, ve el mundo con la misma superposición de lo natural y lo fantástico: así, los jardines de Jerónimo Bosch, vienen directamente de los cuadros de Jerónimo Bosch. Hay aquí auténtica consustanciación entre el autor y el personaje, como lo testimonia la escritura. Esta pasa por los más diversos géneros y estilos: reconstruye el diario íntimo, se apodera del estilo memorialista, hace el pastiche de Juan Rufo, transcribe a José María de Heredia, dialoga con el Orlando de Virginia Woolf y le cuenta la muerte de Nelson a Lady Hamilton, maneja discretamente documentos revolucionarios y llega a transformar en originales recursos narrativos algunos rasgos inexplicables de los escritos de Fray Servando, como su manera de reescribir con variantes un mismo texto, una, dos y tres veces, de lo que Arenas ha sacado insuperable partido.

Pero personajes y situaciones históricas no restringen en nada la libertad del vuelo de esta escritura, sólo comparable a la de los grandes de la narrativa hispanoamericana (Cortázar, Fuentes) y la fabulosa serie de prodigios que inventa para contar una acción repetitiva que tiene sólo tres tramos: persecución, encierro, fuga. "Todo ansia, todo ardor, sensación pura y vigor natural y sin farsa y sin comedia y sin literatura" hubiera dicho Dario de esta escritura cuya frescura y sabiduría en escritor tan joven producen pasmo y dan probanza del nacimiento de un maestro. El libro brota como un chorro impetuoso y parece sólo sensación, sin pensamiento o proyecto intelectual que lo guíe. Pero quizás ésta exista y deba buscarse en las páginas del maestro. La tercera conferencia de ese libro capital que es *La expresión americana* de Lezama Lima, está consagrada a las figuras que trasladan el barroco al romántico: Fray Servando es una. De él dice que "es el primero que se decide a ser el perseguido, porque ha intuido que otro paisaje naciente viene en su búsqueda... la opulencia de un nuevo destino, la imagen, la isla, que surge de los portulanos de lo desconocido creando un hecho, el surgimiento de las libertades de su propio paisaje, liberado ya del compromiso con un diálogo mantenido con un espectador que era una sombra". Así, Reinaldo Arenas ha restablecido la tradición al ensancharla y al proyectarse, fuera de las preceptivas al uso, hacia libertades soñadas.